

LA SACROSANCTUM CONCILIUM, CARTA MAGNA DE LA PARTICIPACIÓN ACTIVA

José L. Guerra de Armas
Profesor del ISTIC, sede de Gran Canaria

La Cuaresma de 1965 permanecerá seguramente en la memoria histórica de la Iglesia como una fecha excepcional, equiparable, por su significado y sus consecuencias, a lo que aconteció a finales del siglo IV, cuando la Iglesia romana abandonó la lengua griega en la liturgia para asumir la lengua latina.

Han pasado ya más de cuarenta años y las generaciones que no conocieron aquellos tiempos, apenas si pueden sospechar lo que significó aquel cambio y la revolución que aquel giro supuso en la liturgia.

Lo que, en realidad, llamó la atención en aquel primer domingo de Cuaresma, a los medios de comunicación, a los fieles entrevistados en las puertas de las Iglesias y a gran parte de los pastores, fueron los aspectos externos más llamativos de la reforma litúrgica, promovida por el Concilio Vaticano II, a partir de la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* y promulgada hacía apenas dos años. La tímida introducción de las lecturas en la lengua del pueblo y en los cánticos interleccionales, en la plegaria universal, en los cantos de entrada, en la preparación de las ofrendas y en la comunión, en las aclamaciones y en la oración del Padrenuestro; la simplificación en la celebración de la misa, con la omisión de las plegarias iniciales al pie del altar y del prólogo de Juan y las plegarias leonianas al final; la proclamación

en alta voz de la oración llamada “secreta”, de la doxología al final del canon, del Padrenuestro, recitado al unísono entre presidente y asamblea y del embolismo; la restauración, después de un más de un milenio, de la oración de los fieles o plegaria universal; el altar vuelto hacia el pueblo, situado en el centro, de forma que el ministro pudiera presidir vuelto hacia la asamblea; el ambón, desde el que el ministro podía proclamar la Palabra y podía ser visto y oído; la sede del presidente, etc.

Todo esto no dejó indiferente al pueblo creyente que percibía en las nuevas formas el nuevo aire que entraba en la Iglesia a partir del Concilio. Sin embargo, mientras la inmensa mayoría se congratulaba de aquel momento que había sido preparado a través de decenas de años, de estudio y de fatiga, algunos defensores acérrimos del pasado se levantaban, nostálgicos y apocalípticos, ante lo que consideraban un ataque a la unidad y tradición de la Iglesia. Muchos fueron los libelos desconcertantes que circularon por entonces, - alguno de ellos prologado incluso por un eminente cardenal,- y combativos fueron los ataques sistemáticos a aquellos que tuvieron un quehacer destacado en la Reforma, especialmente al Papa Pablo VI.

Pero si la opinión pública se sintió conmocionada por los aspectos más externos de la constitución conciliar, la Instrucción de la Congregación de Ritos y del Consilium para la aplicación de la misma “*Inter Oecumenici*”¹ que sancionaba todos aquellos cambios, iría mucho más allá, tratando de ilustrar los fundamentos que postulaban y exigían aquellas novedades y las que luego vendrían.

Ante todo estaba en juego la participación activa de los fieles en la acción litúrgica, pues ésta era la voluntad prioritaria del Concilio² y, de este modo, los fieles vivieran el Misterio Pascual³ y alimentaran la vida cristiana⁴.

Para que la finalidad de la Reforma no quedara en las formas, limitándose a cambios superficiales, la Instrucción exhorta vivamente a los pastores a trabajar de forma constante y paciente para que los fieles sean educados, se-

1 AAS 56 (1964).

2 INTER OECUMENICI, 4: “Lo que se establece que ha de ponerse en práctica inmediatamente no tiene otro fin que procurar que la liturgia responda cada vez mejor a la intención del Concilio de promover la participación activa de los fieles”. Cf. SC 14. (Es el pasaje más importante relacionado con la participación activa, pero no es el único. Este tema recorre todo el documento).

3 Ib. 6

4 Ib. 8.

gún su edad, condiciones, género de vida y grado de cultura religiosa, en aquella participación activa, interna y externa, querida y fomentada por el Concilio. A conseguir este objetivo se encaminarán las normas y propuestas que siguieron, señal evidente de que los principios del Concilio no eran simples consejos o teóricos deseos.

La participación litúrgica

En nuestra vida cotidiana, todos mantenemos la convicción de que sólo podemos entrar en la intimidad de alguien, cuando se da una doble experiencia: que alguien nos brinde su intimidad y que, al mismo tiempo, nosotros queramos acogerla. Sólo entonces, como resultado de ese dinamismo confluyente, se da la comunicación, el encuentro. Si la liturgia es encuentro y acontecer del Misterio de Dios en las mediaciones que constelan la celebración, eso sólo no basta, es preciso también que el hombre se abra a ese Misterio y acoja personalmente ese Misterio. Y esto el creyente lo realiza y lo expresa a través de la “participación”. Si el Misterio se hace presente en la acción litúrgica a través de esa categoría bíblica que llamamos “anámnesis”, el hombre se encuentra con ese Misterio a través de esta otra categoría que denominamos “méthexis.”⁵

La “participación activa” es un principio mayor de la Sacrosanctum Concilium⁶, pero el Vaticano II no dio una definición de lo que entiende por participación de los fieles en la celebración litúrgica⁷. Sí ofrece diversas claves conforme a las cuales la asamblea debe ejercer su papel de sujeto de la celebración. La participación – según el Concilio – es punto de llegada y punto de partida de toda acción pastoral que busque la renovación de la vida cristiana por medio de la acción litúrgica y sacramental. Participación que exige un esfuerzo continuado de personas y medios, orientados a una celebración digna y bella⁸.

El Concilio, no se reduce a presentar un ideal, sino que propone un itinerario para conseguirlo: urge la formación litúrgica⁹, la catequesis mistagó-

5 A.M. TRIACCA, *Participación* en “Nuevo Diccionario de Liturgia”, Ed. Paulinas. Madrid 1987, 1546-1573.

6 P. PRÉTOT, *Retrouver la “participation active”, une tâche pour aujourd’hui* en “La Maison-Dieu” 241, Ed. Du Cerf. Paris 2005, 151-177..

7 La Sacrosanctum Concilium, aunque gira en torno a la participación de los fieles en el culto, no desarrolla el fundamento de esa participación: el sacerdocio común o real. Sólo se alude en SC 14 y se desarrolla en otros documentos: LG 11.34 y AA 3.

8 SC 30.

9 Ib. 15-17 e INTER OECUMENICI 12. A destacar por su trascendencia posterior, lo señalado en el n. 11 de esta Instrucción, apartado a): *Las Facultades teológicas tendrán una cátedra de Liturgia...*

gica, la homilía, los cantos y las respuestas, los gestos y posturas corporales, las moniciones, etc. En síntesis, toda la reforma litúrgica.

“Participar” en la liturgia será, por tanto, “tomar parte” en una actividad que exige una acción común – coincidencia y confluencia en un mismo ritual, en una misma acción simbólica – que es respuesta de toda la asamblea, abierta al Misterio de Dios que le precede y le convoca.

“Es necesario – afirma el Concilio – que los fieles se acerquen a la Sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina para no recibirla en vano”¹⁰.

La participación exige relación y crea comunión, con Dios y con el resto de los participantes. Se trata de una concepción de la participación que no se reduce a lo puramente formal, ni siquiera a lo simplemente eucológico. Cuando el Concilio afirma que la celebración litúrgica es obra de la totalidad de la asamblea, no sólo de los ministros ordenados, constituye a ésta en sujeto y protagonista de una acción que va mucho más allá de lo intimista o individual y remite a ésta a toda aquella constelación que hace del signo un sacramento. La participación debe ser “consciente, activa y plena”¹¹, “interna y externa”¹², “en acto y comunitaria”¹³ “ordenada y sinfónica”¹⁴, y todo ello por exigencia natural de la misma liturgia, toda ella acción del pueblo de Dios, pueblo sacerdotal por su Bautismo. Estamos, pues hablando de una dimensión litúrgica que no es accesoria o extrínseca a la finalidad santificadora y cultural de la liturgia, sino que es un elemento santificador y cultural en sí mismo, como lo son aquellos otros aspectos que afectan a la validez y a la licitud de las acciones sacramentales. Hablar, por tanto, en este ámbito de participación es situarnos en la misma línea de la necesidad de la fe para recibir fructuosamente los sacramentos.

Verificar “en acto” esta participación en un caso ejemplar, como es la Eucaristía, es nuestro siguiente empeño. Para ello, es muy útil tener en cuenta los prenotandos a la nueva edición del Misal y constatar hasta qué punto este concepto sigue conformando la celebración más emblemática de nuestra fe¹⁵.

10 SC 11.

11 Ib. 11 y 14.

12 Ib. 19

13 Ib. 26 y 27.

14 Ib. 28

La asamblea de los fieles, signo de la Iglesia, sujeto de la celebración

El individualismo contemporáneo no nos predispone fácilmente a entrar en un pueblo y este es un problema importante para nuestras celebraciones. Muchos bautizados no han hecho nunca (o casi nunca), la experiencia gozosa de sentirse pueblo reunido en torno a la presencia del Señor, conforme a su promesa: “Donde dos o más se reúnan en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos” (Mt 18,20).

Sin embargo la mediación del pueblo es indispensable. No alcanzamos a Dios directamente. El está fuera de nuestras posibilidades. Es Dios el que nos alcanza a nosotros. Y lo hace a través de la iglesia, su pueblo, signo y sacramento de salvación y de su presencia, para el mundo y en el mundo.

Esto no significa que nosotros no podamos tener relación personal con Dios a nivel individual. Pero siempre experimentaremos esta relación personal en comunión explícita o implícita con la Iglesia, y en conformidad con la fe de la iglesia.

La celebración litúrgica no es obra de unos privilegiados, ni de una élite, es obra de todo el pueblo y esto ya lo indica la misma palabra griega “leitourgia”. En ello insiste el Vaticano II y también la nueva edición de los Praenotandos del Misal

“En la misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es congregado, bajo la presidencia del sacerdote, que actúa en la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico¹⁶”.

Esto significa que el sujeto de la celebración es el pueblo de Dios – como un todo – participe del único sacerdocio de Cristo¹⁷. Por eso se recomienda favorecer al máximo, con todos los medios, la participación de los fieles para que se realice, de verdad, la realidad de la celebración por parte de todos.

15 Para comprender todo el alcance de lo que significa “participación activa” de los fieles en la liturgia, será muy útil interrogar los textos del misal de Pablo VI que hablan de ella, de modo especial, el cuerpo oracional. Los términos “participatio, societas, consortium, communio et commercium” evidencian la profundidad teológica de este concepto. Cf. O. de CAGNY, *La notion de participation dans l'euchologie du Missel Romain* en “La Maison-Dieu” 241, 121-135.

16 IGMR. 27,(= Ordenación General del Misal Romano). Coeditores litúrgicos. Barcelona 2005.

17 Cf. Y CONGAR, “*L’ecclisia ou communauté chrétienne, sujet integral de l’action liturgique*” en J-P. JOSSUA – Y CONGAR (ed), *La liturgia après Vatican II: bilans, études, prospective*, Ed. Du Cerf, coll. “Unam Sanctam” 66, Paris 1967, 241-182.

“Es, por tanto, de sumo interés que de tal modo se ordene la celebración de la Misa o Cena del Señor que ministros sagrados y fieles, participando cada uno según su condición, reciban de ella con más plenitud los frutos para cuya consecución instituyó Cristo Nuestro Señor el sacrificio Eucarístico de su cuerpo y sangre... Todo esto se podrá conseguir si, mirando a la naturaleza y demás circunstancias de cada asamblea litúrgica, toda la celebración se dispone de modo que favorezca la consciente, activa y total participación de los fieles, es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea, la que reclama su misma naturaleza y, a la que tiene derecho y deber, el pueblo cristiano, por la fuerza del bautismo¹⁸”.

Toda la pastoral litúrgica es consecuencia de esta simple constatación. La insistencia de la Sacrosanctum Concilium y de la Institución General del Misal Romano a este respecto, llama la atención. Ha de buscarse con especialísimo interés la participación plena, consciente, activa y fructuosa de todo el pueblo y, por ello, los pastores de almas “deben buscarla asiduamente en su actividad pastoral” (SC 11 y 14), “teniendo en cuenta las características y naturaleza de cada asamblea” (IGMR 18). Es, por tanto, clave, la adaptación a la asamblea concreta, reunida aquí y ahora, con el único objetivo, una vez más, de favorecer con todas nuestras fuerzas la participación real .

Muchos bautizados han descubierto con profunda alegría esta dimensión, este derecho que les atañe en virtud del bautismo en la acción litúrgica y de ahí, el florecimiento progresivo de equipos de pastoral litúrgica, de grupos de preparación a los sacramentos y la reivindicación cada vez más creciente de una participación real.

La Asamblea, signo de comunión

“Hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12,13)

Esa unidad ya ha sido realizada por Cristo para siempre y para que se actualice debe ser significada desde el inicio de la celebración. Esta es la finalidad de los ritos iniciales de la Misa y pertenece a la eficacia del actuar simbólico que realiza lo que significa.

18 IGMR. 17-18.

Sin embargo, esta unidad de la asamblea litúrgica es, con demasiada frecuencia, poco significativa: asambleas dispersas en espacios demasiado grandes, personas con actitudes demasiado individualistas, sentido escasamente festivo... A pesar de todo, esa asamblea expresada de forma tan pobre, débil y contradictoria, es el cuerpo de Cristo, el pueblo reconciliado, el sacramento del reino de Dios que se acerca.

Con frecuencia se oye decir que, al no existir una comunidad, tampoco puede existir una verdadera celebración, pero habría que responder también que al renunciar fatalmente al carácter comunitario de la celebración nos privamos de uno de los medios más eficaces para crear esa comunidad. La Iglesia hace la Eucaristía, pero la Eucaristía hace también a la Iglesia.¹⁹

Este ideal no se impone y, por ello, es preciso superar las situaciones anómalas a fuerza de realismo, de paciencia, de pedagogía e imaginación. Es verdad que a las celebraciones acuden cristianos que están lejos de constituir un comunidad, pero, precisamente por eso, sin olvidar el trabajo en otros terrenos fuera del litúrgico, hemos de aprovechar incansablemente los muchos recursos que ofrece la celebración de la eucaristía para la construcción de la comunidad.

Por experiencia sabemos que nuestra capacidad de ternura se alimenta y crece cuando nos manifiestan y manifestamos ternura, del mismo modo, expresar de forma visible la unidad profunda del pueblo “que Dios se ha adquirido” (1 Ped 2,9) significa hacer crecer la unidad en conformidad con el deseo de Cristo: “¡Padre que sean uno!“(Jn 17,21)

Lo decisivo será que se constituya de verdad el sujeto comunitario de la celebración, que se rompa la actitud individualista con que llegan muchos de los cristianos y se facilite la constitución del “nosotros” que forma el presidente y todos y cada uno de los que participan en la Misa. Sin olvidar de que se trata de un “nosotros” en la fe, resultado más de la acción del Espíritu que fruto de cualquier dinámica o sintonía afectiva o ideológica. Aunque tampoco podemos ignorar que el “nosotros” de la fe necesita encarnarse en todas las dimensiones de la condición humana para poder ser vivido con eficacia.

De ahí la necesidad de cuidar, incluso, la organización espacial de la asamblea y la ubicación de sus miembros. La conveniencia de una acogida y

19 JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 21, Ed. Paulinas, Madrid 2003 .

la distribución de unos materiales que favorezcan la participación o el perfecto desarrollo de los ministerios. Un preludio instrumental al canto de entrada puede ayudar a iniciarlo de forma más significativa y el apoyo de una coral es más bello y seguro que el de un simple animador. La procesión inicial, encabezada por la cruz, es algo más que un simple rito decorativo: atravesando la asamblea ayuda a sentirse “pueblo de Dios que camina hacia el Padre”. Las palabras de saludo del presidente deben ayudar a la asamblea a tomar conciencia de que estamos allí convocados y las palabras después del saludo ritual deben ser breves y directas. No es el momento de la homilía. Es conveniente, cada cierto tiempo, verificar que esta apertura de la celebración es eso, una “introducción”, pues todo debe tender a crear las condiciones para la escucha de la Palabra de Dios.

“Los ritos que preceden a la liturgia de la Palabra, es decir, el canto de entrada, el saludo, el acto penitencial, el Señor ten piedad, el Gloria y la oración colecta, tienen el carácter de exordio, introducción y preparación. Su finalidad es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunión y se dispongan a oír como conviene la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía.”²⁰

Liturgia de la Palabra

En la liturgia cristiana la proclamación de la Biblia significa que nuestra fe en Dios no es adhesión a unas ideas, sino inserción en una historia, en un proyecto, en un misterio. La lectura litúrgica de la Biblia conserva la memoria de la salvación y la actualiza en el hoy de los hombres para abrirlos al futuro del reino.

La lectura litúrgica se realiza conforme a un ritual y este ritual estructura la celebración a imagen del encuentro de Dios con el hombre en el marco de la Alianza. Su estructura es dialógica, sponsal, pues expresa una confianza recíproca, pone en evidencia un proyecto común, fundado en el amor. Con su palabra, Dios se ha hecho vecino del hombre. El hombre escucha y recibe esa palabra en lo más profundo de sí mismo y la celebra. El hombre responde así a la propuesta de Dios y entra en diálogo con El.

“Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar a tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé se-

20 IGMR 46.

milla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo” (Isaías 55, 10-11)

El sentido más inmediato de este texto está relacionado con la eficacia de la Palabra de Dios. Sin embargo esta eficacia se expresa con una imagen que pone en evidencia el dinamismo de la Palabra, que articula el discurso en tres partes: la palabra desciende, fecunda y hace brotar la vida.

La Palabra, ante todo, es comunicación de Dios. Es El, el que toma la iniciativa de establecer una comunicación con su pueblo. La Palabra descendiendo, “sale de la boca de Dios” para tocar en nuestros oídos. Nosotros la sentimos, asimilamos su significado, no sólo sentimos sonidos, sino palabras que se articulan y quieren decir algo.

En un segundo momento alcanzan nuestro corazón, se posan en nuestro interior. El corazón es el lugar secreto del hombre, la sede del amor y de la voluntad. La palabra provoca un movimiento: toca al hombre que se asombra, se interpela, se abandona... No se trata tanto de comprender, en el sentido conceptual del término, cuanto de dejarse tocar... de decir: ... “¡qué hermoso es esto...qué bello...qué bueno que Dios diga esto!” Es el momento de sentir que Alguien nos llama a cambiar, a convertirnos, aunque esto no lo hagamos sin resistencias.

Por último es preciso resaltar que esa palabra acogida y enraizada en nuestro interior no se cierra sobre sí misma, ni se diluye en un piadoso intimismo, sino que brota con fuerza y desanda el camino, atravesando nuestra boca que responde con el Credo, con el Amén, con la oración, pero también con la vida, que se ve impulsada a reconstruirse, a actuar de forma nueva. Isaías traduce esta forma nueva de comportarse como una cosecha que da el pan e incluso la semilla, para que de nuevo sea relanzada esa Palabra.

Una vez más, este texto pone en evidencia algo sobre lo que venimos insistiendo y que para un cristiano debe ser incuestionable: la salvación viene de Dios. El es el que da siempre el primer paso. Sin embargo esa iniciativa de Dios pasa siempre por el corazón del hombre y ha de traducirse en aquella forma nueva capaz de ser entendida por el hombre de hoy.

En la Misa, y en cualquier Liturgia de la palabra, nos encontramos con la estructura fundamental de la Alianza: Dios habla, ama, crea, salva. El hom-

bre acoge, recibe, se deja fecundar, responde, actúa. Esta estructura básica es ritualizada en la liturgia y toda liturgia de la palabra responde a este esquema, a este circuito: “escucha, silencio, meditación, respuesta²¹”

A este respecto conviene recordar lo que afirma la Instrucción General del Misal Romano cuando habla del silencio en la Eucaristía:

“La liturgia de la palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación, y en consecuencia, se ha de evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. Estos momentos de silencio pueden observarse, por ejemplo, antes de que se inicie la misma liturgia de la palabra, después de la primera y segunda lectura, y una vez concluida la lectura²².”

La liturgia de la palabra se lleva a cabo a través de un ritual de proclamación y así significa simbólicamente que no se trata de una comunicación de hombre a hombre, sino de una comunicación de Dios a su pueblo. Es, desde aquí, desde donde se deben leer e interpretar los gestos de veneración que acompañan este momento. El ritual pretende hacer comprender que a través de esos gestos humanos, es el Espíritu el que actúa en la celebración, el Espíritu que es el que modela el cuerpo de la Iglesia de forma que el misterio de la palabra proclamada hoy suscite e instaure una existencia de comunidad creyente como cuerpo de Cristo. El mismo Espíritu que ha inspirado la Escritura es el que engendra hoy a los cristianos.

“Ustedes son mi carta escrita, – dirá Pablo a los corintios – escrita en vuestros corazones, carta abierta y leída por todo el mundo. Se les nota que son carta de Cristo y que fui yo el emanuense; no está escrita con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en el corazón” (2 Cor 3, 2-3).

El orden con el que se proclama la palabra no es el de la Biblia, ni siquiera aquel orden que parecería más lógico, en ambos casos hubiéramos te-

21 El modelo más claro de cuanto decimos, lo encontramos en la Vigilia Pascual: la Palabra viene continuamente escoltada por la meditación, el silencio y por la respuesta del pueblo, (salmo y aclamaciones que acompañan a cada una de las lecturas).

22 IGMR.56. Cf también J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, Ed. Cristiandad, Madrid 2001, 234.

nido un texto del AT, el Evangelio y, por último, el texto apostólico. En realidad el orden que nos presenta la liturgia quiere subrayar una aproximación progresiva a Cristo, simbolizado en el Evangelio..

Ahora bien, si la liturgia de la palabra nos acerca a Cristo, el recorrido que nos propone tiene su importancia. Es un itinerario que atraviesa el espesor de la historia: el AT nos presenta la lenta maduración del descubrimiento que hace el hombre del proyecto de Dios. Es un camino de gracia y de pecado, de fe y de dudas, que cada uno revive en su propio itinerario personal hacia Cristo. Entre esos textos que llamamos Antiguo Testamento, sobresale el salterio. Es un testimonio privilegiado de la Alianza entre Dios y su pueblo. Con su lenguaje poético y el peso acumulado por el uso y la interpretación, llega hasta nosotros cargado de una riqueza de sentido en la que cada uno de nosotros puede identificar su propio itinerario de fe y unirse, al mismo tiempo, al canto de la iglesia.

La lectura apostólica permite a los cristianos de hoy captar la resonancia que la palabra evangélica tuvo en la iglesia naciente. Nos informa de aquel momento privilegiado en el que el pueblo de la nueva alianza toma conciencia de la originalidad de su nueva existencia en Cristo. Esta lectura, enraizada en los problemas concretos, nos abre a la permanente reflexión y a la urgencia que tenemos los creyentes de enraizar el evangelio en la sociedad en que vivimos.

Por último, la proclamación del Evangelio aparece como el acontecimiento central y la clave para interpretar toda la historia.

“Dios que había hablado muchas veces y de muchas maneras en otros tiempos...nos ha hablado hoy a nosotros por medio de su Hijo” (Heb 1,1).

A la luz de todo esto se entiende perfectamente cuanto afirma la Institutio Generalis Missalis Romani²³ y la prohibición expresa de la Iglesia a que se sustituyan los textos bíblicos por cualquier otro texto²⁴. También se entiende, o debería entenderse, la importancia que tiene el lector, la importancia del arte de proclamar, así como la disposición y decoración del lugar desde el que se proclama²⁵.

23 IGMR 60

24 S. CONGR. PARA EL CULTO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Redemptionis Sacramentum*, 62, Ed. Paulinas, Madrid 2004.

25 IGMR 309

En cuanto a la homilía, simplemente recordar lo que nos dice la Institutio, pues este tema merecería todo un tratado:

“La homilía es parte de la liturgia y muy recomendada, pues es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del propio de la Misa del día, teniendo siempre presente el Misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes²⁶”

Es necesario, no obstante, subrayar que, en la celebración, es toda la misa la que predica y que una celebración para que sea bella y elocuente tiene que guardar entre sus partes un sano equilibrio. No puede coexistir una liturgia de la palabra con una homilía interminable y un desarrollo excesivo, junto a una plegaria eucarística recitada de prisa y corriendo en un contexto de saldo. Si algo exige la belleza, y la liturgia debe siempre procurarla, es la autenticidad y la armonía.

La liturgia de la Palabra que termina con unas intercesiones por todos los hombres, para significar de este modo que la salvación proclamada afecta y abarca a toda la tierra, es, a su manera, un caso ejemplar de cómo se entiende la “participación”. Lejos de ser una noción que afecta sólo a la forma de realizar la acción litúrgica, aparece más bien como un principio que marca una manera de relacionarse con la misma acción. La Palabra acontece y eso es anterior al mismo contenido del anuncio.

La Liturgia Eucarística

“Hagan esto en memoria mía” (Lc 22,19).

“Hagan”, dice Jesús. La Eucaristía no es una reflexión, ni siquiera sólo una oración. Es una acción de gracias, es un hacer, un actuar o, si quieren, una “liturgia” en el sentido etimológico de la palabra: acción del pueblo. Es la acción que constituye el corazón de la misa.

“La misa está constituida esencialmente por dos partes, la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística, que están tan estrechamente unidas entre sí que forma un único acto de culto²⁷”

Que la liturgia eucarística sea la segunda parte de la misa no tenemos

26 Ib. 65.

27 SC 26 e IGMR 28.

dificultad en admitirlo. Sin embargo que forme un solo acto de culto con la Palabra no resulta, a muchos, tan evidente. Incluso esta segunda parte es entendida, con frecuencia, como la parte del sacerdote, que sólo le interesa a él y que los demás padecen. Esta percepción proviene con frecuencia del hecho de que es sólo el sacerdote el que pronuncia la plegaria eucarística, mientras en la liturgia de la palabra intervienen diversos actores. Es importante superar esta percepción, porque, como queda dicho y ahora repetimos, es la Iglesia el sujeto de la celebración y, por lo mismo, la plegaria central es formulada en plural, que no es un plural mayestático, sino que designa a toda la asamblea.

Una vez más, es conveniente releer lo que afirma la *Institutio Generalis Missalis Romani*:

“...toda la celebración ha de disponerse de modo que favorezca la consciente, activa, y total participación de los fieles, es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea, la que reclama su misma naturaleza y a la que tiene derecho y deber, el pueblo cristiano, por fuerza del bautismo”²⁸.

La estructura de la liturgia eucarística responde a los gestos y a las palabras del Señor en la última Cena, tal y como nos los transmiten los cuatro textos del NT que nos hablan de la Eucaristía.²⁹

La tradición apostólica, ya vaciada en la práctica litúrgica, ha retenido cuatro elementos que podemos considerar fundamentos de la eucaristía cristiana: 1. Tomó el pan...y tomó la copa con el vino. 2. Dio gracias y pronunció la bendición. 3. Partió el pan. 4. Se lo dio diciendo...”

Estos cuatro momentos podemos identificarlos fácilmente en la segunda parte de la misa que actualiza la Cena del Señor:

- La apertura de la Eucaristía con el gesto de llevar los dones. (Tomó el pan)
- La plegaria Eucarística (...dio gracias)
- La fracción del Pan (...lo partió)
- La comunión (y se lo dió)

²⁸ IGMR 18 y SC 14.

²⁹ 1 Cor 11 y Lc 22,14, por una parte, y Mc 14, 22 y Mt 26, 26. por otra.

Gestos, por otra parte, comunes en cualquier comida: preparar, servir, comer y que una palabra festiva y religiosa proclama que es la muerte del Señor.

En la plegaria eucarística de corte trinitario y eclesial, la asamblea bendice al Padre, recuerda a Cristo Jesús, suplica al Padre que envíe al Espíritu. La participación en la plegaria va mucho más allá de la simple comprensión intelectual. Lo importante es que todo nos sirva para insertar nuestra vida en la misma existencia de Cristo, que la víspera de su pasión llevó su amor por nosotros hasta el extremo, ofreciendo su propia vida. Lo esencial será, por tanto, dar gracias, hacer fiesta a Dios por la fecundidad de la muerte y resurrección de Cristo, que nos invita a comulgar con él.

Porque se trata de una plegaria, lo importante será por tanto orar, dejarnos modelar por las palabras, admirar, dejarnos fascinar por el acontecimiento que celebramos, pedirle que nos disponga a comulgar con Él.

Una noción en dificultad

Hablamos de “participación” como un elemento clave de la reforma conciliar, sin embargo no siempre esta participación activa ha sido bien comprendida. A menudo el afán de intervención lleva a la manipulación. ¿Qué significa “participación activa”? “Esta – afirma el Cardenal Dannels - se mueve entre dos polos: o bien se entra en el juego de la liturgia o bien se la manipula haciéndola entrar en nuestro juego”.³⁰

No se trata solo de seleccionar las lecturas, suplantando incluso las páginas bíblicas por otros textos modernos, casi siempre ideologizados, sino que muchas veces la celebración parece un interminable palabrerío más propio de una sesión de terapia que una verdadera celebración del Misterio que nos sobrepasa y ante el que apenas si somos capaces de abrir los labios³¹. Esta confusión ha llevado a algunos a abandonar los símbolos “incomprensibles”, tratando de expresar sólo y únicamente en aquellos, lo que afecta a las ocupaciones inmediatas de las gentes, hasta el punto de que algunos hablen hoy de cierta pérdida de la sacralidad³². Con frecuencia, se tiene la impresión de que

30 G. DANNEELS, *Une attitude de service et non de manipulation en Reconstruire la Liturgia*. C. BARTHE (ed.), París 1997, 41-50.

31 Cf. IGMR 45. También, entre otros, JUAN PABLO II, *Spiritus et Sponsa*, 13 (En XL aniversario de la Sacrosanctum Concilium).

32 Cf. D. TOREVELL, *Losing the Sacred. Ritual, Modernity and Liturgical Reform*, Ed. T&T.Clark. Edimbourg 2000.

la “participación activa” es lo mismo que “activismo”, identificando los ministerios y el conjunto de signos y acciones con un simple “hacer” o una especie de “auto-animación”, en lugar de un camino de interiorización y encuentro con el Misterio³³. Si en muchas ocasiones hay que lamentar y luchar contra la concepción rubricista de la liturgia, en otras hay que estar alerta contra su concepción utilitarista.

El sujeto de la acción litúrgica no parece, en muchas ocasiones, que sea la Iglesia, - “convocación de fieles unidos y santificados en Cristo por el Espíritu” – sino un simple grupo humano que trata de ritualizar sus relaciones sociales. Como consecuencia de todo ello desaparece y hasta sobra todo empeño mistagógico al que, por definición, nos aboca la liturgia. A veces, con el deseo de encontrar nuevas formas de participación, nos olvidamos qué es lo que celebramos.

Tal vez sea el momento de pasar de la “participación” a la “celebración”³⁴, que consiste en dejarnos absorber por el Misterio que se actualiza en medio de la asamblea, dejarnos tocar por sus gestos y sus palabras, por sus cánticos y su belleza; en definitiva, dejarnos transformar o santificar como Cuerpo de Cristo, para que toda nuestra vida se convierta en un verdadero culto “según el Espíritu y la verdad” al Padre y, al mismo tiempo, éste se entienda como un arte que hay que aprender para poder ejercerlo.

“Participar” no es lo mismo que “actuar”³⁵. Todos los ministerios están al servicio de la participación de la asamblea. Aunque es evidente que, en ese quehacer, no todos los ministerios tienen la misma importancia. Entre éstos ministerios destaca el de la presidencia que tiene el carisma, pero también debe adquirir el arte de presidir, de orar el texto más que leerlo, proclamarlo más que recitarlo, pues esto “no puede consistir – afirma J. Ratzinger – en un simple aprendizaje y ensayo de las actividades exteriores, sino en el acercamiento a la “actio” esencial (...) en el acercamiento al poder transformador de

33 J. RATZINGER, o.c., 195 ss.

34 P. SORCI (ed.), *Per una partecipazione consapevole, attiva e piena all'Eucaristia: il Messale Romano*, en Id., *Celebrare con il Messale del Vaticano II. La terza edizione del Messale Romano e problema di adattamento culturale nella Chiesa italiana*, Ed. SALVATORE SCIASCIA, coll. “Facoltà teologica di Sicilia Studi” 7, Caltanissetta-Rome 2003, 241-275. 268.

35 P. PRÉTOT, *Vivre la liturgia aujourd'hui trente-cinq ans après Vatican II* en “Esprit et Vie” 31(2001), 6.

Dios que, a través del acontecimiento litúrgico, quiere transformarnos a nosotros mismos y al mundo³⁶⁷, presupone, sin duda, un ritmo, pero ante todo, una interioridad, una presencia.

Interrogantes para una evaluación

La relectura de la Constitución Sacrosanctum Concilium permite, sin duda alguna, concluir que el principio de la “participación activa” no es sólo una característica de la liturgia actual, sino también una forma de concebir la liturgia. En esta cuestión el sustantivo es más importante que el adjetivo.

Es curioso, sin embargo, cómo esta misma noción, aparece, de manera recurrente, como fuente de todos los males que aquejan a la pastoral litúrgica. Si este principio muestra sus contradicciones, posiblemente se deba, por una parte, a su éxito y, por otra, a la dificultad inherente a nuestras sociedades para ir más allá de lo puramente externo cuando hablamos de una participación “activa,” capaz de suscitar una dinámica litúrgica. Sea lo que sea, posiblemente, es la noción que tiene más futuro cuando se trata de renovación litúrgica, porque plantea la liturgia como una experiencia auténtica, aunque en estos momentos ese futuro sea también imprevisible. En este contexto, no podemos olvidar que la vida litúrgica no se decide sólo desde la dimensión normativa. Por ello, las cuestiones que a continuación planteamos, entre otras posibles, van en la línea de confrontar nuestra experiencia litúrgica con aquel impulso que desató la Constitución conciliar y, así evaluar la historia que hemos recorrido desde entonces y afrontar con coherencia los retos pendientes.

Se ha avanzado en la Reforma litúrgica ¿También en la renovación litúrgica?. Se ha avanzado en la comprensión de los textos, en la utilización de la lengua vernácula, en la adaptación de los espacios y elementos litúrgicos, ¿También en la participación “consciente, interior y plena”? ¿Podemos afirmar que se ha puesto el mismo interés en el cómo de la celebración que en el qué celebramos? ¿Hemos insistido y dedicado, al menos, los mismos esfuerzos, en introducir cánticos, en explicar las posturas, en construir moniciones, etc. que en catequizar a la asamblea sobre la presencia de Cristo en ella, en el ministro, en la palabra; en educar a la gratuidad y a la fiesta, en el encuentro con el Misterio, en las mediaciones rituales, como signos de ese encuen-

36 J. RATZINGER, *oc.*, 199.

37 Y. CONGAR, *o.c.*, 259.

tro? ¿Somos conscientes de que es el Espíritu el principal agente de nuestra comunión con Cristo y entre nosotros?³⁷

La participación externa e interna se complementan y se requieren mutuamente, ¿Pero dónde hemos puesto el acento? ¿Cómo cubrir esas distancias entre lo que cantamos, lo que significamos y lo que vivimos? ¿Nuestra participación no peca con frecuencia de formalista?

Somos conscientes de los esfuerzos realizados de cara a la Eucaristía, en particular, y de los sacramentos en general, subrayando e insistiendo en que en la celebración se ponga de manifiesto la dimensión comunitaria, ¿Pero no sigue prevaleciendo en gran número de nuestras celebraciones el carácter individualista, rutinario? ¿Tienen los fieles, agentes de pastoral, conciencia de que nuestras asambleas son el rostro tangible de nuestras comunidades? ¿Es el “nosotros” celebrativo, conscientemente asumido, el sujeto de la acción litúrgica? ¿Qué eclesiología hay detrás de nuestras celebraciones?

Si la Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la actividad de la Iglesia, ¿Confluyen en la asamblea eucarística, celebrada aquí y ahora, la vida de la comunidad, sus expectativas, el carácter integral de toda su tarea misionera que evangeliza, catequiza, celebra y vive su fe, que no es privativa ni exclusiva de un grupo determinado?

Se ha avanzado en la articulación de la asamblea y se han multiplicado los ministerios y servicios, pero no se ha eliminado del todo al presbítero “factotum”, que se apropia de la acción litúrgica como si fuera su dueño. ¿Nuestras celebraciones no siguen siendo demasiado clericales? ¿Los ministerios están orientados a facilitar y fortalecer la participación de la asamblea?

La liturgia es sacramental y, por ello, la participación es también externa, pero delante de Dios no bastan los gestos externos, es preciso empeñar toda la persona. Es la actitud interior la que le da al rito su sentido justo. La mentira del gesto es peor que la de la palabra, porque penetra en profundidad, tiene la fuerza del símbolo... ¿Hay armonía entre el gesto y lo que éste significa?

El lenguaje es una de los temas que, con frecuencia, se presenta como la mayor dificultad a la hora de la participación, ¿Es realmente un obstáculo? ¿Se inicia convenientemente en ese lenguaje? ¿Es la liturgia fuente de catequesis? Por otra parte, ¿Se hace todo el esfuerzo posible para traducir en un

lenguaje actual, comprensible, noble, el contenido de siempre? ¿No es nuestro lenguaje litúrgico demasiado conceptual?

Se insiste en el clima festivo de toda celebración. Pero la fiesta exige armonía: hay momentos de intensidad y momentos de distensión, momentos de expresión a través de la palabra y el canto y momentos de silencio, ¿No son algunas de nuestras celebraciones agobiantes? ¿No hay demasiado desequilibrio entre la liturgia de la Palabra y la liturgia propiamente eucarística?

Dios cuando se da, se da totalmente. Los signos de su lenguaje, decimos, son “eficaces”. Así también debería ser nuestra respuesta. ¿Es la celebración una llamada a transformar la vida? ¿Se busca esa justa medida que traducimos como “verticalidad-horizontalidad” que demanda la vida cristiana?

¿Cantamos realmente lo que celebramos? ¿Son los cánticos iniciación al Misterio que se hace presente en la celebración? ¿No adolece, frecuentemente, el canto de la celebración de vulgaridad, de deseo de ocultar otras ausencias?

Nos lamentamos de los abusos, ¿Pero nos preocupamos también de esas celebraciones, que es mucho decir, muertas, mecánicas, donde apenas se enciende la brasa de la oración y mucho menos se intuye la fiesta, el entusiasmo de sentirnos cristianos?

¿Se entiende la celebración como una unidad que tiene un “antes” y un “después”? ¿No se enfatizan exageradamente algunos elementos, privilegiando aspectos parciales y rompiendo el ritmo celebrativo y, al mismo tiempo, la unidad de la vida cristiana, donde el Misterio que se reflexiona y se profundiza en la teología o catequesis, se celebra en la liturgia y se vive en la vida es el mismo y así debe aparecer?

La participación activa es “conditio sine qua non” para un verdadero encuentro, una epifanía auténtica de la Iglesia. Esto afecta a todos, también al que preside. A él también se le pide que sea destinatario de cuanto emite para los demás. ¿Es realmente consciente el que preside de la importancia de su ministerio, a la hora de “dar y producir sentido”?

Conclusión

La “participación activa” es un principio mayor de la Constitución Sacrosanctum Concilium y de la reforma litúrgica. Después de más de cua-

renta años este principio sigue teniendo vigencia y sigue siendo clave a la hora de verificar la autenticidad de nuestras celebraciones. Pero no siempre este concepto ha sido entendido en todas sus implicaciones y en su nombre, en más de una ocasión, se ha confundido con el simple “hacer cosas”. Hablamos de participación, pero no siempre entendemos lo mismo. Repasar la historia de la aplicación de esta noción, con sus luces y sus sombras, que nos permite entrar en comunión con el Misterio que se actualiza en la celebración, es importante a esta altura de la “receptio” del Concilio, pero no basta. Caer en la cuenta del camino que queda por recorrer, responder a las interpelaciones que nos llegan desde esa misma historia y desde toda la riqueza que encierra el término “participar” tal y como nos lo propone el Vaticano II es, sin duda, un buen punto de partida para cualquier proyecto de pastoral litúrgica.

José L. Guerra de Armas